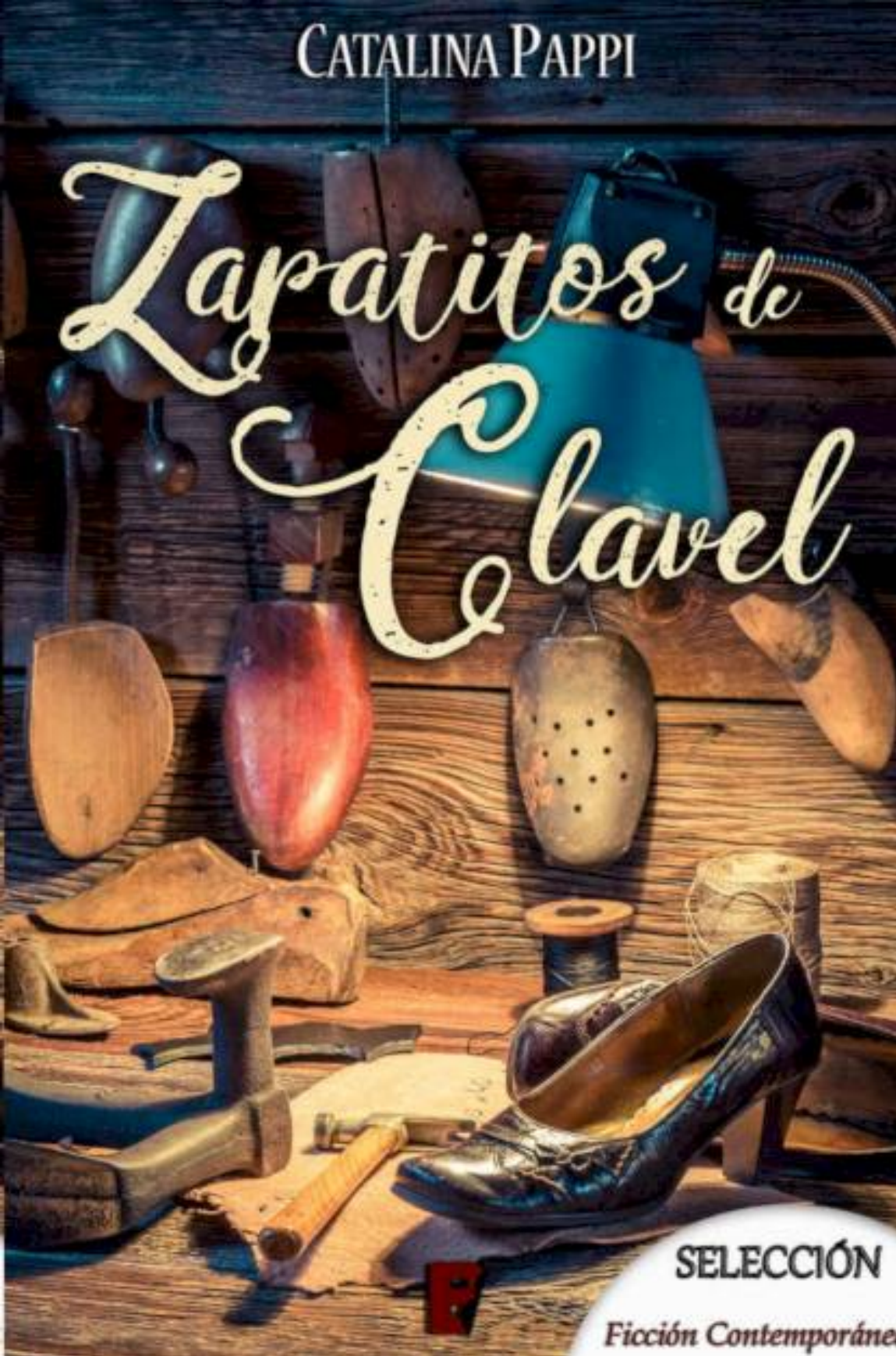


CATALINA PAPPI

Zapatitos de Clavel



SELECCIÓN

Ficción Contemporánea

Zapatitos de clavel

Catalina Pappi

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A don Modesto Pappi,
uno de los hombres más nobles
que pudo haber conocido el mundo.*

NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO 1

Fanny

El gesto amargado de Fanny no tardó en hacerse presente cuando vio frente a ella, en un plato ya viejo y de lata, una lagunita de sopa en la cual navegaban unos vagos y pequeños granitos de arroz. «Otra vez lo mismo», pensó con una rabia amarga que le coloreaba el rostro con un tono carmesí.

Fanny levantó la vista y vio frente a ella a su padre, quien ya no se quejaba de la mala comida a la que estaban condenados a consumir y, al lado del hombre en esa mesa redonda, estaba su madre, también ya resignada, imaginando que saboreaba una sopa decente con calditos. Sin embargo, no eran solo ellos tres —don Gerardo y doña Eloísa—, sino que también se encontraba entre Fanny y ese hombre viejo más por causa de la miseria que de los años, el pequeño Franco que, a pesar de sus cinco años, todavía no podía hablar y, por ende, solamente podía quejarse con un gesto torcido de disconformidad.

Fanny no solo detestaba al discapacitado de su padre —le faltaban tres dedos en una mano— y a la sumisa de su madre, sino que también detestaba al fruto de una noche fugaz que había tenido su hermana Guillermina con quien sabía quién y que, además, según Fanny, la había matado

por querer nacer. En efecto, Guille había muerto con dieciocho años a los minutos de haber dado a luz en la peor sala de un hospital de mala muerte, y Franco, que no tenía manera de defenderse contra los abusos de su tía, que «no tenía voz», debía soportar cada una de sus duras palabras porque, si bien era mudo, no era sordo y no era idiota.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me mirás así? —inquirió ella con sus cejas unidas como dos orugas antes de golpearle el plato también de lata con una cuchara gastada—. Dale, comé, así no te morís de hambre, aunque nos estarías haciendo un favor.

—No le hables así —le pidió su madre pasándole un pedacito de pan al nene que lo aceptó humildemente.

Franco humedeció el pan en la rara sopa y después lo engulló.

—¿Qué? Ya bastante tengo con tener que compartir mi comida con él como para que la quiera desperdiciar.

Su madre, como era costumbre, no decía nada. Estaba tan acostumbrado. Simplemente partió un trocito de pan y se le llevó a la boca antes de cederle su plato de sopa a su nieto ayudado con sus dos manos debido a que en la derecha solamente tenía dos dedos. Tenía entera la mano izquierda y, por cuestiones de supersticiones además de que ya no podía seguir manejando las palancas de la fábrica con la misma destreza, lo habían despedido. Al menos cobraba un subsidio, o como Fanny le decía, una limosna.

Alejó la mirada por un momento asqueada de su familia y miró el reloj que colgaba sobre el televisor que funcionaba en blanco y negro.

—¿Por qué todavía no vino Elisa? Es principio de mes, tendría que estar acá, ahora mismo... —Miró a los tres buscando una respuesta, pero no la obtuvo—. ¡¿Por qué no está acá esa conchuda?! —Un silencio amargo le respondió de nuevo—. No consigo trabajo después de que le di una buena cagada a palos al comisario. ¡¿Qué es lo que vamos a comer mañana si no tenemos un peso, si ella se olvida de

nosotros a propósito?! ¿Acaso se piensa que somos boludos, que vivimos del aire? ¿Cómo se puede hacer la estúpida de esta forma? Cada vez nos llega más tarde el dinero, cada vez comemos menos, cada vez la inflación es peor... Cada vez pienso más en mañana y pasado y así siempre, ¿ustedes no?... ¡¿Ustedes no?! Eso, no me contesten, claro, estoy bardeando a su hija favorita, ¿no? Bueno, ¿saben qué? Me chupa un huevo Elisa, si mañana mismo no está acá a la mañana bien temprano, yo les juro que voy a esa casa y exijo el dinero que nos corresponde por haberla cubierto todo este tiempo.

—No, hija —murmuró doña Eloísa, provocando una carcajada asquerosa de parte de Fanny.

—¿No? ¿Que no? Ya van a ver todos ustedes, ¡ya van a ver! Nadie se burla de mí, nadie me deja pagando. Elisa me va a dar el dinero ¡y si no lo hace, yo misma la voy a mandar a la mierda!

Ya eran las ocho y media de la noche. Era mayo y el frío era tal en esa casillita en la entrada de una de las villas de Rosario que la escoliosis de Fanny se hacía cada vez más dolorosa, pero ni siquiera para un analgésico tenía y debía conformarse con taparse hasta la cabeza y aprovechar el calor de la pancita de su sobrino que no sabía cómo librarse de las garras de su tía. Sí, porque Fanny podía despreciarlo, odiarlo, detestarlo con la ira más violenta, pero cada vez que podía sacarle provecho lo hacía.

—¿Sabés qué? —le preguntó al oído mientras le acariciaba la cabecita—. Te voy a vender al primer gitano que te quiera y así vas a ser una carga menos en esta casa, enano mugriento. Sos una mierda.

Y Franco, que con cinco años no podía responderle con la misma agresividad, se contentó con darse vuelta y meterle un codazo en la nariz que la hizo volar sobre una nebulosa del dolor. Apresuró sus pasitos sobre el suelo de cemento húmedo y se fue a acostar con sus abuelos, quienes lo recibieron no con la misma agresividad, pero sí con una

frialdad a la que estaba más acostumbrado y que le molestaba menos.

Su tía maldijo en voz alta, sin importarle que la escucharan los vecinos y se abrazó a sí misma, pensando cada una de las palabras que diría al tener a Elisa frente a ella. Sí, ya podía imaginársela con sus mejores ropas, mirándola como un águila debe mirar a un mochuelo: tan altiva, superior, con esa nariz parada y esos labios recién retocados con un poco de colágeno. Sí, claro que se la podía imaginar. Y para su desgracia, también podía imaginarse a sí misma que, en comparación con Elisa, no era más que una «negrita de la villa». Pero algo que Elisa había olvidado era que cuando se vivía en la villa, que cuando se sobrevivía día a día dependiendo del clima, del poco dinero que le pagaban trabajando en negro y con seis personas en una casilla de siete por siete, no había manera de que se pudiera lucir esos atuendos tan lustrosos y elegantes. No había manera de que se pudiera alardear de nada, ni sentirte superior a nadie, porque en la villa todos eran la misma cosa: gente que buscaba sobrevivir.

Fanny era la menor de cuatro hermanas; de hecho, al igual que Franco, había llegado de sorpresa. La mayor de todas era Elisa, con treinta y dos años, y la que más suerte había tenido en la vida o, mejor dicho, la que más astuta había sido. Luego seguía Clara, con veintinueve años y que, si bien no había tenido la misma suerte que Elisa, había luchado por conseguir una vida mejor y de alguna manera lo había logrado: era azafata y una vez al mes los iba a visitar a todos y dejarles algo de dinero y algún que otro souvenir, como esa torre Eiffel que Fanny atesoraba al lado de su cama. La tercera hija había sido Guille, fallecida a los dieciocho años, en ese momento tendría que cumplir los veintitrés en octubre, pero seguramente ese día sería tan triste y lúgubre como su aniversario de fallecimiento.

Y la última era la mismísima Fanny, de solo dieciocho años, que tenía demasiadas ambiciones y perdía el tiempo

no sabiendo por cuál empezar. Ella quería mucho a Clarita y adoraba cada momento que pasaba con ella, pero nunca podría conformarse con viajar de un lado a otro, con el riesgo de que se cayera el avión y, encima, hacerlo por dinero en lugar de viajar por placer, que la obligaran de ir acá para allá, teniendo que soportar a la gente y también que la obligaran a aprender idiomas que no le interesaban. Ella quería tener la vida que tenía Elisa, ella quería tener todo lo que tenía y estaría por tener Elisa.

Fanny estaba ciento por ciento convencida de que se merecía mucho y más de lo que tenía Elisa y que no debía conformarse con esa casilla o ser la novia del comisario más repulsivo que conocía.

No, Fanny quería más, mucho más, y no se conformaría hasta obtenerlo y haría lo que fuera necesario para conseguirlo. Incluso destruir a su propia hermana mayor.

Por fuera de las sucias cobijas, pudo escuchar el llanto de Franco, al cual sus abuelos no sabían cómo consolar y ya ni se molestaban en intentarlo.

CAPÍTULO 2

Leticia Almássy

Cierto es que hoy en día no existen tantas personas que crean en el destino, y aquellos pocos que lo hacen con ciega confianza, dudo mucho que lleguen a hacerlo al nivel de Leticia Almássy. Leticia ya estaba muy vieja, tan vieja que cada vez que se miraba al espejo no podía evitar, cada mañana sin falta, extrañar a la jovencita que había sido alguna vez. Habían sido tiempos difíciles aquellos, pero esos tiempos la habían fortalecido a ella y a sus hermanos y hermanas de una manera fenomenal, al menos así lo veía, intentando sacarle el lado positivo a aquellos momentos tan desmoralizadores.

Su madre —que en paz descanse— había sido una humilde y devota mujer húngara de nombre Terézia que había cometido el mayor de todos los crímenes: apiadarse de un hombre que requería con urgencia su ayuda. El nombre de ese hombre había sido Grygori Almássy, un humilde vendedor de manzanas.

Pero no solo Terézia rebozaba de compasión, de una compasión reprobable, sino que los padres de ellas, bajo símbolos ante los cuales se inclinaban en misa, le habían asegurado al miserable que lo ayudarían a esconderse, ¡y oh!, qué contento había estado el joven Grygori de tan solo

veinte años después de haber visto cómo llenaban los cuerpos de sus padres con plomo y con ofensas.

Lamentablemente, el destino, como diría Leticia, no quería que los compasivos, que los piadosos, que los misericordiosos llegaran a gozar de sus buenas acciones, porque a Grygori lo habían encontrado y, como si hubieran cometido el peor de los crímenes, se los habían llevados a todos con él a, lo que Terézia llamaría de hasta su último suspiro, su peor pesadilla.

En un momento estaba sujeta de su madre en medio de la muchedumbre, al otro, estaba huérfana, y al otro, tenía a Grygori abrazándola a pesar de que los piojos se la comían y que ya no era más que piel y huesos. Luego de aquello, no había vuelto a ser la misma joven Terézia que había sufrido antes de sus dieciocho lo que algunas personas no llegaban a sufrir ni en cien años de vida. Ya no existirían los días felices para ella, ya no podría volver a dormir sabiendo que en cualquier momento tirarían esa puerta abajo y no se la llevarían solamente a ella, sino también se llevarían a su, al fin, querido Grygori y a sus hijos: Abelar y Rogeli, ambos nacidos en Hungría; y a Leti y a Isabel, nacidas en Argentina y obligadas a llamarse de una manera «entendible» para el Estado de habla hispana.

Los únicos recuerdos que Leticia tenía de su madre eran de una mujer siempre con la mirada triste y perturbada, con el cuerpo tenso, en estado de alerta y capaz de matar con cada uno de sus angustiosos abrazos. Una y otra vez, Terézia de Almássy les había dicho a sus hijos antes de acostarlos, antes de abrirles la puerta para que salieran a la escuela o a jugar:

—Por favor, vuelvan, por favor no escuchen a desconocidos.

Y es que Leticia, en el fondo de su corazón y con un inmenso pesar, suponía que su madre guardaba cierto resentimiento hacia su padre, el hombre que una vez, siendo muchacho, había solicitado su ayuda con una canasta de

manzanas bajo el brazo, porque si Grygori nunca hubiera aparecido, ella habría tenido otra vida, probablemente mejor, siendo la hija de un importante dentista como lo había sido aquel señor cuyo nombre Terézia jamás mencionaba.

Cuando Leticia tenía tan solo siete años, Rogeli diecisiete y Abelar veinte, sus padres habían tenido la suerte de ser contratados para trabajar en la casa de los Abraham. Los Abraham, cuya casa en ese momento estaba liderada por Tobías Abraham y su esposa Susana, necesitaban gente que estuvieran disponibles todo el tiempo, y así pagarles menos debido a que no solo se les daba trabajo, sino un techo, ¡y qué techo!

Por otro lado, su hermana Isabel todavía no había nacido, nacería recién once años más tarde, en una casa con paredes y techos sólidos y, a diferencia de sus hermanos mucho más mayores que ella, siempre con un plato de comida en la mesa. Isabel Almássy, a diferencia de Leticia Almássy, usaba unos encajecitos en las mangas. Lo mismo había ocurrido con los mayores, pero con la diferencia de que los mayores nunca podrían olvidar las peripecias por las que habían pasado, en especial, porque a la gran parte de la gente les gustaba reírse de ese acento que odiaban en un principio, pero que después juraron conservar para siempre para no olvidar de dónde venían.

El acento de Leticia Almássy se había suavizado con el tiempo aunque, como en su casa hablaban húngaro, esa era su lengua materna y la usaba como las mejores, tanto para hablar con sus cinco hijos como para hablar con su sobrina. Incluso, para ser su nuera, uno de los requisitos era entender algo de húngaro y si no se sabía, se tenía que asistir a cada una de sus clases. Para Leticia Almássy, el húngaro unía a la familia y tal vez se debía a que era la lengua en que se expresaban las emociones en su casa, contrario a lo que ocurría cuando iba a los hospitales y escuelas, que hablaban en español, una lengua latina que consideraba fría en su corazón.

Estaba claro que para Leticia Almásy, a un paso de jubilarse después de haber vivido prácticamente toda su vida en esa casa, el destino era cruel. Siempre era cruel, al menos para los que no tenían los medios para controlarlo, para contrarrestarlo.

Su patrón, el señor Jacobo, hijo varón de Tobías Abraham, ya fallecido desde hacía más de diez años, le había asegurado que no la echaría de la casa, que podría seguir viviendo en su cuartito junto a su sobrina y que tampoco se debía preocupar por los quehaceres, después de todo, era deber del jubilado descansar.

Rechinó los dientes. Su jubilación sería una verdadera miseria. El único consuelo que le quedaba era sobrevivir con esa miseria hasta que su sobrina se recibiera y se la llevara a vivir con ella, pues sus hijos ya habían formado sus propias familias y ella no tenía la más mínima intención de molestarlos. Por otro lado, tampoco molestaría a Saraí, después de todo, ella misma se lo había prometido su primer día de universidad:

—Una vez que me reciba, nuestra vida va a cambiar para siempre, tía; ya vas a ver, ya vas a ver.

Ay, Saraí, el solo pensar en ella le dibujaba una sonrisa en el rostro. Y el pensar en sus hijos la hacía sonreír todavía más. Tomó la manzana que tenía en la mesada y, lejos de morderla, la lavó y colocó en el frutero de vidrio. Faltaba cada vez menos para que Axel se casara con Anita después de años de ser novios, prácticamente desde la infancia.

Si repasaba en su mente, Jonathan ya había pasado las cuatro décadas y estaba divorciado y sin hijos. Esa relación sí que había sido un fiasco: para empezar, ni siquiera sabía por qué Jonathan se había casado con esa chica si en realidad jamás la había querido (por supuesto, lo había hecho solo para complacer a Leticia, que no había dejado de presionarlos, pero Leticia no quería pensar en esas cosas, no quería sentir ni un gramito de culpa, así que prefería permanecer flotando en ese enigma); Elián, un año menor, ya